



EL BANQUERO
ANARQUISTA
Fernando Pessoa

COLECCIÓN SINFONÍA



Escuela Superior de
Administración Pública

“

Las injusticias
de la naturaleza,
bueno: no
podemos evitarlas.
Ahora, las de la
sociedad y sus
convenciones,
esas, ¿por qué no
evitarlas?

”

EL BANQUERO ANARQUISTA

Catalogación en la publicación – Biblioteca Luis Oswaldo Beltrán Jara – ESAP

Pessoa, Fernando

El banquero anarquista / Fernando Pessoa ; Bogotá : Escuela Superior de Administración Pública-ESAP, Traductor Óscar Alberto Chacón Gómez.

2023.

64 páginas. – (Colección Sinfonía)

Título original: O banqueiro anarquista

ISBN 978-958-609-131-2 (papel). -- ISBN 978-958-609-132-9 (electrónico)

1. Cuentos portugueses 2. Literatura portuguesa 3. Anarquía en la literatura I. Título. II. Serie

CDD-21: 869 / 2023



El banquero anarquista

Título original: O banqueiro anarquista

Fernando Pessoa, autor

Óscar A. Chacón Gómez, traductor

ISBN 978-958-609-131-2 (papel)

ISBN 978-958-609-132-9 (electrónico)

2023

© Escuela Superior de Administración Pública

Director Nacional: Jorge Iván Bula

Subdirección Nacional de Servicios Académicos

Grupo de Publicaciones

Editorial ESAP

grupo.editorial@esap.edu.co

<https://www.esap.edu.co/>

<https://libros.esap.edu.co/>

Revisión Jerónimo Pizarro

Corrección de estilo Lorena Castro

Diagramación Diego Mesa Quintero, lacentraldediseno.com

Imagen de cubierta Portrait of Pessoa, 1914, Wikimedia Commons

Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

Grupo Publicaciones. Calle 44 #53-37, Bogotá, D. C.

(+57) 601 795 6110



Creative Commons Atribución-NoComercial-

CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Hecho en Bogotá, D. C., Colombia, 2023

EL BANQUERO ANARQUISTA

Fernando Pessoa

Escuela Superior de Administración Pública



ACABÁBAMOS DE CENAR. FRENTE A MÍ, mi amigo, el banquero, gran comerciante y acaparador notable, fumaba como quien no piensa. La conversación, que se fue apaciguando, yacía muerta entre nosotros. Intenté reanimarla, tal vez, valiéndome de una idea que se me ocurrió por el silencio. Me volví hacia él sonriendo:

—Es verdad: hace unos días me dijeron que usted fue anarquista...

—No fui, soy: fui y soy. No cambié al respecto. Soy anarquista...

—¡Eso está bueno! ¡Usted anarquista! ¿En qué usted es anarquista?... A menos que le dé al término un sentido diferente...

—¿Del común? No, no es así. Uso la palabra en el sentido común.

—¿Quiere decir, entonces, que es anarquista en el mismo sentido en que los sujetos de las organizaciones obreras? ¿Entonces entre usted y esas personas de la bomba y de los sindicatos no hay ninguna diferencia?

—Diferencia, diferencia, la hay... Claramente hay diferencia. Sin embargo, no es la que usted cree. ¿Usted duda, tal vez, de que mis teorías sociales son iguales a las de ellos?

—¡Ah, ya entiendo! Usted, en la teoría, es anarquista; en la práctica...

—En la práctica soy tan anarquista como en la teoría. Y en la práctica lo soy más, soy mucho más anarquista que esos tipos que usted citó. Toda mi vida lo demuestra.

—¿Qué?

—Toda mi vida lo demuestra. Lo que ocurre es que usted nunca vio este asunto de forma clara. Por eso, cree que le estoy diciendo una burrada, o que estoy bromeando con usted.

—¡No, hombre, no entiendo nada!... A no ser... a no ser que usted distinga su vida disolvente y antisocial y le dé ese sentido de anarquismo...

—Ya le dije que no, es decir, ya le expliqué que no le doy a la palabra *anarquismo* un sentido diferente del común.

—Está bien... sigo sin entender. Hombre, ¿usted me quiere decir que no hay diferencia entre sus teorías auténticamente anarquistas y la práctica de su vida, la práctica de su vida como es ahora? ¿Usted quiere que yo crea que su vida es exactamente igual a la de los tipos que vulgarmente son anarquistas?

—No; no es así. Lo que quiero decir es que entre mis teorías y la práctica de mi vida no hay diferencia alguna, sino una coherencia absoluta. Ahora, que no tengo una vida como las de los tipos de los sindicatos y de las bombas, eso es verdad. Sin embargo, es la vida de ellos la que está fuera del anarquismo, fuera de sus ideales. La mía, no. En mí —sí, en mí, banquero, gran comerciante, acumulador si lo prefiere—, en mí, la teoría y la práctica del anarquismo van de la mano y ambas son verdaderas. Usted me comparó con esos tontos de los sindicatos y de las bombas para señalar que soy diferente a ellos. Lo soy, pero la diferencia es esta: ellos (sí, ellos y no yo) son anarquistas solo en la teoría; yo lo soy en la teoría y en la práctica. Ellos son anarquistas y estúpidos, yo soy anarquista e inteligente. Es decir, amigo mío, que yo soy el verdadero anarquista. Ellos —los de los sindicatos y las bombas (yo también estuve allá y salí de allá

exactamente por mi verdadero anarquismo)— ellos son la basura del anarquismo, los hembras de la gran doctrina libertaria.

—¡Esa ni al diablo se la escucharon! ¡Eso es terrible! ¿Cómo concilia su vida —quiero decir, su vida bancaria y comercial— con las teorías anarquistas? ¿Cómo concilia usted, si dice que por *teoría anarquista* entiende exactamente lo que los anarquistas comunes entienden? Y usted, además, me dice que es diferente a ellos por ser *más* anarquista. ¿No es así?

—Exactamente.

—No entiendo nada.

—¿Pero a usted le interesa entender?

—Sí, me interesa.

Él sacó el cigarrillo de su boca, que se había apagado; lo volvió a encender lentamente; retiró el fósforo que se apagaba; lo puso con cuidado en el cenicero; luego, irguiendo la cabeza, por un momento agachada, dijo:

—Vea, yo nací del pueblo, en la clase obrera de la ciudad. No heredé, como se puede imaginar, ni la condición ni las circunstancias. Apenas me pasó tener una inteligencia naturalmente clara y una voluntad más o menos fuerte. Pero esos eran

dones naturales, que mi bajo nacimiento no me podría quitar.

»Fui operario, trabajé, viví una vida ajustada; fui, en resumen, lo que la mayoría de la gente es en ese medio. No digo que en absoluto aguantara hambre, pero estuve cerca. Podía haberla aguantado, aunque eso no cambiaba en nada lo que vino, o lo que le voy a contar, ni lo que fue mi vida ni lo que es ahora.

»Fui un operario vulgar, en resumen; como todos, trabajaba porque tenía que trabajar, y trabajaba lo menos posible. Lo que yo era, era inteligente. Siempre que podía, leía cosas, discutía cosas, y, como no era tonto, nació en mí una gran insatisfacción y una gran resistencia contra mi destino y contra las condiciones sociales que lo hacían así. Ya le dije que, de verdad, mi destino podía haber sido peor de lo que era; pero a esas alturas me parecía que yo era un ente a quien la suerte le había hecho todas las injusticias juntas y que se había valido de las convenciones sociales para hacérmelas. Eso era así para mis veinte años —veintiuno máximo—, que fue cuando me volví anarquista.

Paró un momento. Se volvió un poco más hacia mí. Continuó, inclinándose un poco más.

—Siempre fui más o menos brillante. Me sentí rebelde. Quise entender mi sublevación. Me volví anarquista consciente y convicto, el anarquista consciente y convicto que hoy soy.

—¿Y la teoría, la que tiene hoy, es la misma que tenía en ese momento?

—La misma. La teoría anarquista, la verdadera teoría, solo es una. Tengo la que siempre tuve, desde que me volví anarquista. Usted verá... le venía diciendo que, como era brillante por naturaleza, me volví anarquista consciente. Ahora, ¿qué es un anarquista? Es un sublevado contra la injusticia de nacer desiguales socialmente; en el fondo, solo es eso. Y de ahí resulta, como puede ver, mi rebeldía frente a las convenciones sociales que hacían esa desigualdad posible. Lo que le estoy mostrando ahora es el camino psicológico, es decir, cómo nos volvemos anarquistas; ya vamos a la parte teórica del asunto. Por ahora, entienda bien la rebeldía de un tipo inteligente en mis circunstancias. ¿Qué es lo que él ve en el mundo? Uno nace hijo de un millonario, protegido desde la cuna contra esos infortunios. —que no son pocos— que el dinero puede evitar o atenuar; otro nace miserable, para ser, desde pequeño, una boca más en una familia donde hay bocas de sobra para comer lo que pueda

haber. Uno nace conde o marqués, y por eso tiene la consideración de todos nosotros, haga lo que haga; otro nace así, como yo, y tiene que andar derechito como una plomada para ser al menos tratado como persona. Unos nacen en tales condiciones que pueden estudiar, viajar, instruirse; volverse (se puede decir) más inteligentes que otros que naturalmente lo son más. Y así por el estilo, y en todo...

»Las injusticias de la naturaleza, bueno: no podemos evitarlas. Ahora, las de la sociedad y sus convenciones, esas, ¿por qué no evitarlas? Acepto —no tengo otro remedio— que un hombre sea superior a mí por lo que la naturaleza le dio —el talento, la fuerza, la energía—; no acepto que él sea mi superior por cualidades postizas, con las que no salió del vientre de la madre, sino que le ocurrieron por casualidad luego de que apareció acá afuera —la riqueza, la posición social, la vida facilitada, etc.—. Fue de la rebeldía que le estoy expresando con estas consideraciones de donde nació mi anarquismo de entonces —el anarquismo que, ya le dije, mantengo hoy sin ninguna alteración—.

Se detuvo otra vez por un momento, como para pensar cómo proseguiría. Fumó y sopló el humo lentamente, para el lado opuesto al mío. Se volvió, e iba a proseguir. Yo, sin embargo, lo interrumpí.

—Una pregunta, por curiosidad... ¿Por qué usted se volvió propiamente anarquista? Usted podía volverse socialista, o cualquier otra cosa avanzada que no fuera tan lejos. Todo eso cabía dentro de su rebeldía... Deduzco de lo que usted dijo que por *anarquismo* usted entiende (y creo que está bien como definición del anarquismo) la sublevación contra todas las convenciones y fórmulas sociales, y el deseo y esfuerzo para su abolición.

—Así es.

—¿Por qué escogió usted esa fórmula extrema y no se inclinó por cualquiera de las otras... de las intermedias?

—Le explico. Yo medité todo eso. Es claro que en los folletos que yo leía veía todas esas teorías. Escogí la teoría anarquista —la teoría extrema, como usted muy bien dice— por las razones que voy a decir en dos palabras.

Se quedó mirando a la nada por un momento. Luego se volvió hacia mí.

—El verdadero mal, el único mal, son las convenciones y las ficciones sociales, que se superponen a las realidades naturales —todo, desde la familia hasta el dinero, desde la religión hasta el Estado—. Todos nacemos hombres o mujeres —quiero decir, nacemos para ser, en la adultez,

hombre o mujer—; no nacemos, en buena justicia natural, ni para ser marido, ni para ser rico o pobre, como tampoco para ser católico o protestante, o portugués o inglés. Todas esas cosas tienen lugar en virtud de las ficciones sociales. Ahora, ¿por qué esas ficciones sociales son malas? *Porque son ficciones, porque no son naturales.* Tan malo es el dinero como el Estado, la conformación de familia como las religiones. Si hubiera otras, que no fueran estas, serían igualmente malas, *porque también serían ficciones,* porque también se sobrepondrían y perturbarían las realidades naturales. Ahora, cualquier sistema que no sea el puro sistema anarquista, que quiere la abolición de todas y de cada una de las ficciones completamente, *también es una ficción.* Emplear todo nuestro deseo, nuestro esfuerzo, toda nuestra inteligencia en implantar, o contribuir en implantar, una ficción social en vez de otra, es un absurdo, por no decir que un crimen, *porque es hacer una perturbación social con el fin explícito de dejar todo igual.* Si consideramos injustas las ficciones sociales, porque aplastan y oprimen lo que es natural en el hombre, ¿para qué emplear nuestro esfuerzo en sustituirlas, si podemos emplearlo en destruirlas todas?

»Esto me parece que es concluyente. Pero supongamos que no lo es; supongamos que nos objetan que todo esto estará muy bien, pero que el sistema anarquista es irrealizable en la práctica. Examinemos esa parte del problema.

»¿Por qué el sistema anarquista sería irrealizable? Partimos, todos los adelantados, del principio no solo de que el sistema actual es injusto, sino de que hay una ventaja, porque hay injusticia, en sustituirlo por otro más justo. Si no pensamos así, no somos adelantados, sino burgueses. Ahora, ¿de dónde viene este criterio de *justicia*? De lo que es *natural y verdadero*, en oposición a las ficciones sociales y a las mentiras de la convención. Ahora, lo que es natural es lo que es enteramente natural, no la mitad, o un cuarto, o un octavo de natural. Muy bien. Ahora, de dos cosas, una: o lo natural es realizable socialmente o no lo es; en otras palabras, o la sociedad puede ser natural o la sociedad es esencialmente ficción y no puede ser natural de ninguna manera. Si la sociedad puede ser natural, entonces puede haber la sociedad anarquista, o libre, debe haberla, porque ella es la sociedad enteramente natural. Si la sociedad no puede ser natural, si (por alguna razón que no importa) por fuerza tiene que ser ficción, entonces del mal el

menos; hagámosla, dentro de esa ficción inevitable, lo más natural posible, para que sea, por eso mismo, lo más justa posible. ¿Cuál es la ficción más natural? Ninguna es natural en sí, porque es ficción; la más natural, en nuestro caso, será aquella que *parezca* más natural, que *se sienta* como la más natural. ¿Cuál es la que parece más natural o que sentimos más natural? Es aquella a la que estamos habituados. (Usted entiende: lo que es natural es lo que pertenece al instinto; y lo que no siendo instinto se parece en todo al instinto es el hábito. Fumar no es natural, no es una necesidad del instinto; no obstante, si no acostumbramos a fumar, pasa a sernos natural, pasa a ser sentido como una necesidad del instinto.) Ahora, ¿cuál es la ficción social que constituye un hábito nuestro? Es el actual sistema, el sistema burgués. Tenemos, pues, en buena lógica, que o consideramos la sociedad natural, y seremos defensores del anarquismo; o no la juzgamos posible, y seremos defensores del régimen burgués. No hay hipótesis intermedia. ¿Entiende...?

—Sí, señor; eso es concluyente.

—Aún no lo es... Todavía hay otra objeción, del mismo género, por liquidar... Puede acordarse que el sistema anarquista es realizable, pero puede

dudarse que sea realizable *de repente* —esto es, que se pueda pasar de la sociedad burguesa a la sociedad libre sin que haya uno o más estados o regímenes intermedios—. Quien haga esa objeción acepta la sociedad anarquista como buena y como realizable; pero siente que debe haber un estado de transición entre la sociedad burguesa y esta.

»Ahora bien. Supongamos que es así. ¿En qué consiste ese estado intermedio? Nuestro objetivo es la sociedad anarquista, o libre; ese intermedio solo puede ser, por lo tanto, un estado de preparación de la humanidad para la sociedad libre. Esa preparación o es material o es simplemente mental; es decir, o es una serie de realizaciones materiales o sociales que van adaptando a la humanidad para la sociedad libre, o es una simple propaganda gradualmente creciente e influyente, que va preparando *mentalmente* a desearla o aceptarla.

»Veamos el primer caso, la adaptación gradual y material de la humanidad para la sociedad libre. Es imposible; es más que imposible. Es absurdo. No hay adaptación material más que a una cosa *que ya existe*. Ninguno de nosotros puede adaptarse materialmente al medio social del siglo XXIII, incluso sabiendo lo que será; y no se puede adaptar materialmente porque el siglo XXIII y su medio

social no existen *materialmente* aún. Así, llegamos a la conclusión de que, en el paso de la sociedad burguesa a la sociedad libre, la única parte que puede haber de adaptación, de evolución o de transición es *mental*, es la gradual adaptación de los espíritus a la idea de la sociedad libre... en todo caso, en el campo de la adaptación material, todavía queda una hipótesis...

—¡Y dele con tanta hipótesis!

—Oh, amigo mío, el hombre brillante debe examinar todas las objeciones posibles y formas de refutar, antes de que pueda estar seguro de su doctrina. Y, además, todo esto es en respuesta a una pregunta que usted me hizo...

—Está bien.

—En el campo de la adaptación material, le decía, hay, en todo caso, otra hipótesis: la de la dictadura revolucionaria.

—¿La dictadura revolucionaria?

—Como le expliqué, no puede haber adaptación material a una cosa que no existe, materialmente, aún. Pero si, por un movimiento brusco, se hiciera una revolución social, si ya estuviera implantada, no la sociedad libre (porque para esa no puede la humanidad tener aún preparación), sino una dictadura de quienes quieren implantar la sociedad

libre. Pero ya existe, aún en esbozo o en principio, existe ya *materialmente* cualquier cosa de la sociedad libre. Hay ya, por tanto, una cosa material, a la que la humanidad se adapte. Es este argumento con el que las bestias que defienden la “dictadura del proletariado” la defenderían si fueran capaces de argumentar o de pensar. El argumento, es claro, no es de ellos: es mío. Lo pongo, como objeción, a mí mismo. Y, como le voy a mostrar..., es falso.

»Un régimen revolucionario, en cuanto existe, y sea cual fuera el fin que busque o la idea que lo impulse, es *materialmente* solo una cosa: un régimen revolucionario. Ahora, *un régimen revolucionario* quiere decir una dictadura de guerra, o, en palabras precisas, un régimen militar déspota, porque el estado de guerra es impuesto a la sociedad por una parte de ella: aquella parte que asumió revolucionariamente el poder. ¿Qué resulta? Resulta que quien se adapta a ese régimen, como la única cosa que él es *materialmente, inmediatamente*, es un régimen militar déspota, se adapta a un régimen militar déspota. La idea que guiaba a los revolucionarios, el fin que perseguían, desapareció por completo de la *realidad* social, ocupada exclusivamente por el fenómeno guerrero. De modo que lo que surge de una dictadura revolucionaria —y cuanto más

completa sea, más durará esta dictadura— es una sociedad guerrera del tipo dictatorial, es decir, un despotismo militar. No podría ser otra cosa. Y siempre fue así. No sé mucha historia, pero lo que sé concuerda con esto; y no puede dejar de hacerlo. ¿Qué surgió de las agitaciones políticas de Roma? El Imperio romano y su despotismo militar. ¿Qué surgió de la Revolución Francesa? Napoleón y su despotismo militar. Y usted verá lo que resulta de la Revolución rusa... Cualquiera cosa que va a retrasar décadas la realización de una sociedad libre... ¿Qué se podía esperar de un pueblo de analfabetos y místicos?...

»En fin, esto ya está fuera de la conversación... ¿Entiende mi argumento?

—Lo entiendo perfectamente.

—Entiende, entonces, que llegué a esta conclusión: Fin: la sociedad anarquista, libre; medio: el paso, *sin transición*, de la sociedad burguesa a la sociedad libre. Este paso se prepararía y sería posible mediante una propaganda intensa, completa y absorbente, de modo que predisponga todos los espíritus y debilite toda resistencia. Desde luego, por *propaganda* no me refiero solo a la palabra escrita y hablada: me refiero a todo, la acción directa o indirecta, ya que puede predisponer a la sociedad

libre y debilitar la resistencia a su llegada. Así, al no contar con casi ninguna resistencia que superar, la revolución social, cuando llegara, sería rápida, fácil y no habría que establecer ninguna dictadura revolucionaria, por no haber contra quién aplicarla. Si esto no puede ser así, significa que el anarquismo es irrealizable; y, si el anarquismo es irrealizable, solo es defendible y justa, como ya le probé, la sociedad burguesa.

»Ahora, ahí usted tiene por qué y cómo me volví anarquista, y por qué y cómo rechacé, como falsas y antinaturales, las otras doctrinas sociales de menor osadía.

»Y listo... vamos a continuar con mi historia.

Encendió un fósforo y luego, lentamente el cigarrillo. Se concentró y luego continuó de apoco.

—Había varios otros chicos con las mismas opiniones que yo. La mayoría eran trabajadores, pero había uno o dos que no lo eran; todos éramos pobres, y, que yo recuerde, no éramos muy tontos. Teníamos un cierto deseo de instruirnos, de saber cosas, y al mismo tiempo una voluntad de propaganda, de difundir nuestras ideas. Queríamos para nosotros y para los demás —para la humanidad entera— una sociedad nueva, libre de todos esos prejuicios que hacen a los hombres artificialmente

desiguales y les imponen inferioridades, sufrimientos y estrecheces, ¡que la naturaleza no les había impuesto! Para mí, lo que leía confirmaba mis opiniones. En libros libertarios baratos —los que había entonces, que ya eran bastantes— leí casi todo. Fui a conferencias y mítines de los propagandistas de la época. Cada libro y cada discurso me convencía más de la certeza y justicia de mis ideas. Lo que pensaba entonces —repito, amigo mío— es lo que pienso hoy, la única diferencia es que entonces solo lo pensaba, hoy lo pienso y lo practico.

—Pues sí, eso, hasta donde va, está muy bien. Está muy bien que usted se volviera anarquista así, y veo perfectamente que usted era anarquista. No necesito más pruebas. Lo que quiero saber es cómo salió de ahí el banquero..., cómo salió de ahí sin contradicción... es decir, lo imagino más o menos...

—No, no imagine nada... Sé lo que quiere decir... Se basa en los argumentos que acaba de escuchar y cree que encontré el anarquismo irrealizable y, por lo tanto, como dije, solo la sociedad burguesa resultó defendible y justa, ¿no?

—Sí, asumí que sería más o menos eso...

—Pero, ¿cómo puede ser eso, si desde el comienzo le dije y he repetido que *soy* anarquista, que no solo

lo fui, sino que lo sigo siendo? Si yo me hubiera hecho banquero y comerciante por las razones que usted cree, no sería anarquista, sería burgués.

—Sí, tiene razón... pero, entonces, ¿cómo carajos...? ;Dígame!

—Como le dije, yo era (siempre fui) más o menos brillante, y también un hombre de acción. Esas son cualidades naturales; no me las pusieron en la cuna (si es que tuve cuna); yo fui quien las llevó allá. Pues bien, siendo anarquista, yo pensaba insoportable ser anarquista pasivamente, solo para ir a escuchar los discursos y hablar sobre eso con los amigos. No: ¡Era necesario hacer algo! ¡Era necesario trabajar y luchar por la causa de los oprimidos y de las víctimas de las convenciones sociales! Decidí ponerme manos a la obra según pudiera. Comencé a pensar en cómo podría ser útil a la causa libertaria. Comencé a elaborar mi plan de acción.

»¿Qué quiere el anarquista? Libertad, libertad para sí mismo y para los demás, para toda la humanidad. Quiere estar libre de la influencia o la presión de las ficciones sociales; quiere ser libre tal como nació y apareció en el mundo, que es como en justicia debe ser; y quiere esta libertad para sí mismo y para todos los demás. No todos pueden

ser iguales ante la naturaleza: algunos nacen altos, otros bajos; algunos son fuertes, otros, débiles; unos son más inteligentes, otros, menos... Pero todos pueden ser iguales de ahí en adelante; solo las ficciones sociales lo evitan. Esas ficciones sociales son lo que hay que destruir.

»Era necesario destruirlas... Pero una cosa no se me escapaba: era necesario destruirlos... *pero en beneficio de la libertad*, y teniendo siempre a la vista la creación de una sociedad libre. Porque destruir las ficciones sociales puede servir tanto para crear libertad o para preparar el camino hacia la libertad, como para establecer otras ficciones sociales diferentes, igualmente malas porque son igualmente ficciones. Aquí había que ser cuidadoso. Era necesario acertar con la acción, cualquiera que fuera su violencia o su no violencia (porque contra las injusticias sociales todo era legítimo), mediante la cual se contribuiría a destruir las ficciones sociales sin al mismo tiempo obstaculizar la creación de libertades futuras; creando ahora mismo, si es posible, algo de libertad futura.

»Claro que esta libertad, que debemos tener cuidado de no obstaculizar, es la *libertad futura* y, en el presente, la *libertad de los oprimidos por las ficciones sociales*. Desde luego, no tenemos que cuidarnos

de no obstaculizar la “libertad” de los poderosos, de los bien situados, de quienes representan las ficciones sociales y se benefician de ellas. Esto no es libertad; es la libertad de tiranizar, que es lo opuesto a la libertad. Esto, por el contrario, es lo que más deberíamos pensar en obstaculizar y combatir. Me parece que esto está claro...

—Está clarísimo. Continúe...

—¿Para quién quiere el anarquismo la libertad? Para toda la humanidad. ¿De qué manera se consigue la libertad para la toda la humanidad? Destruyendo por completo todas las ficciones sociales. ¿Cómo se podrían destruir por completo todas las ficciones sociales? Ya le anticipé la explicación, cuando, por causa de su pregunta, discutí los otros sistemas avanzados y le expliqué cómo y por qué era anarquista... ¿Recuerda mi conclusión?

—La recuerdo...

—... Una revolución social súbita, brusca, devastadora, que haga pasar a la sociedad, de un salto, del régimen burgués a la sociedad libre. Esta revolución social preparada por un trabajo intenso y continuo, de acción directa e indirecta, que disponga los ánimos para la vida de la sociedad libre, y para debilitar hasta el estado de coma todas las resistencias de la burguesía. Me excuso

por repetir las razones que llevan inevitablemente a esta conclusión, dentro del anarquismo; ya las expuse y usted las entendió.

—Sí.

—Esa revolución sería preferiblemente mundial, simultánea en todos lados, o en los lugares importantes, del mundo; o, no siendo así, partiendo rápidamente de unos sitios a otros, pero, en todo caso, en cada punto, es decir, en cada nación, de manera fulminante y completa.

»Muy bien. ¿Qué podría hacer yo para ese propósito? Por mí mismo, no podría hacerla, la revolución mundial, ni podría hacer la revolución completa en la parte referente al país donde me encontraba. Lo que podía hacer era trabajar, en la entera medida de mis fuerzas, para preparar esa revolución. Ya le expliqué cómo: combatiendo, por todos los medios disponibles, las ficciones sociales; nunca obstaculizando esa lucha o la propaganda de la sociedad libre, ni la libertad futura, ni la libertad presente de los oprimidos; creando desde ya, en la medida de lo posible, algo de la futura libertad.

Fumó, hizo una breve pausa y retomó.

—Una vez ahí, amigo mío, puse mi lucidez en acción. Trabajar para el futuro está bien, pensé; trabajar para que otros tengan libertad es bueno.

Pero, ¿y entonces yo? ¿Yo no soy nadie? Si fuera cristiano, trabajaría felizmente por el futuro de los demás, porque tendría mi recompensa en el cielo; pero, además, si fuera cristiano, no sería anarquista, así que las dichas desigualdades sociales no tendrían importancia en nuestra corta vida: serían solo condiciones de nuestro periodo de prueba y serían compensadas en la vida eterna. Pero yo no era cristiano, como no lo soy, y me preguntaba: ¿pero por quién me voy a sacrificar en todo esto? Más aún: ¿*por qué* me voy a sacrificar?

»Me llegaron momentos de incredulidad; y usted entiende que estaba justificado... Soy materialista, pensaba; no tengo más vida que esta; ¿por qué iba a rallarme con propagandas y desigualdades sociales, y otras historias, si puedo disfrutar y entretenerme mucho más si no me preocupo por eso? Quien tiene solo esta vida, quien no cree en la vida eterna, quien no admite otra ley que la de la naturaleza, quien se opone al Estado porque no es natural, al matrimonio porque no es natural, al dinero porque no es natural, a todas las ficciones sociales porque no son naturales, ¿a cuenta de qué va a defender el altruismo y el sacrificio por los demás, o por la humanidad, si el altruismo y el sacrificio tampoco son naturales? Sí, la misma

lógica que me muestra que un hombre no nace para casarse, ni para ser portugués, ni para ser rico o pobre, también me muestra que no nace para ser *solidario*, sino para ser él mismo, y por tanto lo contrario de altruista y solidario, y por tanto exclusivamente egoísta.

»Discutí este tema conmigo mismo. Imagina —me decía a mí mismo— que nacemos pertenecientes a la especie humana y que tenemos el deber de ser solidarios con todos los hombres. Pero ¿la idea del “deber” era natural? ¿De dónde venía esta idea del “deber”? Si esta idea del deber me obligaba a sacrificar mi bienestar, mi comodidad, mi instinto de conservación y mis otros instintos naturales, ¿en qué se diferenciaba la acción de esta idea de la acción de cualquier ficción social, que produce en nosotros exactamente el mismo efecto?

»Esta idea del deber, de la solidaridad humana, solo podría considerarse natural *si trajera consigo una compensación egoísta*, porque entonces, aunque en principio contradijese el egoísmo natural, si daba a ese egoísmo una compensación, siempre, a fin de cuentas, no lo contradecía. Sacrificar un placer, simplemente sacrificarlo, no es natural; sacrificar un placer por otro ya está dentro de la naturaleza: es, entre dos cosas naturales que no se

pueden tener, elegir una, lo cual está bien. Ahora bien, ¿qué compensación egoísta o natural podría obtener de la dedicación a la causa de una sociedad libre y de la futura felicidad humana? Solo la satisfacción del deber cumplido, del esfuerzo por una buena causa; y ninguna de estas cosas es una compensación egoísta, ninguna de estas cosas es un placer en sí mismo, sino un placer, si lo es, nacido de una ficción social, como lo puede ser el placer de ser inmensamente rico, o el placer de haber nacido en una buena posición social.

»Le confieso, amigo, que me llegaron momentos de incredulidad... Me sentí desleal a mi propia doctrina, traidor... Pero pronto superé todo esto. La idea de justicia estaba aquí, dentro de mí, pensé. La sentí natural. Yo sentía que había un deber superior a preocuparme solo por mi destino. Y seguí adelante con mi intención.

—No me parece que esa decisión revele una gran lucidez de su parte... usted no resolvió la dificultad... usted siguió adelante por un impulso absolutamente sentimental...

—Sin duda. Pero lo que le estoy contando ahora es la historia de cómo me volví anarquista, y de cómo continué y sigo siéndolo. Le voy explicando fielmente las dudas y las dificultades que tuve,

y cómo las superé. Estoy de acuerdo en que, en ese momento, superé la dificultad lógica con el sentimiento, no con el raciocinio. Pero va a ver que, luego, cuando llegué a la comprensión plena de la doctrina anarquista, esta dificultad, hasta entonces lógicamente sin respuesta, tuvo su solución completa y absoluta.

—Es curioso...

—Lo es... Por ahora, déjeme continuar con mi historia. Tuve esta dificultad y la resolví, aunque mal, como le dije. Al poco tiempo, y en la línea de mis pensamientos, me surgió otra dificultad que también me estorbó bastante.

»Estaba bien —veamos— que estuviera dispuesto a sacrificarme, sin ninguna recompensa verdaderamente personal, es decir, sin ninguna recompensa verdaderamente *natural*. Pero suponemos que la sociedad futura no fuera nada de lo que yo esperaba, que nunca hubiera una sociedad libre. ¿Por qué carajos me estaba sacrificando en este caso? Sacrificarme por una idea sin recompensa personal, sin que gane nada a cambio de mi esfuerzo por esa idea, puede ser; pero sacrificarme sin siquiera estar seguro de que aquello por lo que trabajaba existiría algún día, *sin que la idea misma ganara con mi esfuerzo*, eso era un poco más fuerte...

Desde ya le digo que resolví la dificultad con el mismo método sentimental por el cual resolví la otra; pero también le advierto que, del mismo modo que con la otra, resolví esta a través de la lógica, automáticamente, cuando llegué al estado plenamente consciente de mi anarquismo... ya lo verá... A la altura de lo que le estoy contando, salí de mi apuro con una o dos frases vacías. “Yo cumplía mi deber con el futuro; el futuro, que hiciera lo suyo conmigo”... Esto o algo así.

»Expuse esta conclusión, o, más bien, estas conclusiones, a mis compañeros, y todos estuvieron de acuerdo conmigo; todos estuvieron de acuerdo en que era necesario avanzar y hacer todo por una sociedad libre. Es cierto que uno o dos de los más inteligentes quedaron un poco aturcidos por la exposición, no porque no estuvieran de acuerdo, sino porque nunca habían visto las cosas tan claras, ni las aristas que tienen estas cosas... Pero, al final, todos estuvieron de acuerdo... ¡Todos trabajaríamos por la gran revolución social, por la sociedad libre, ya sea que el futuro nos justifique o no! Formamos un grupo con personas de confianza y comenzamos una gran propaganda —grande, por supuesto, en la medida de lo que podíamos hacer—. Durante mucho tiempo, en medio de las

dificultades, enredos y, a veces, persecución, seguimos trabajando por el ideal anarquista.

El banquero, al llegar a este punto, hizo una pausa un poco más larga. No encendió el cigarrillo, que se había apagado de nuevo. De repente, sonrió y, con el aire de quien llega al punto importante, me miró con más insistencia y continuó, aclarando más la voz y acentuando más las palabras.

—A estas alturas —dijo— apareció algo nuevo. “A estas alturas” es una forma de decirlo. Quiero decir que, después de unos meses de esta propaganda, comencé a notar una nueva complicación, y esta era la más grave de todas, era realmente grave...

»Usted se acuerda, ¿cierto? Lo que yo, mediante un razonamiento riguroso, concluí que debía ser el método de acción de los anarquistas... Un método, o métodos, mediante los cuales se contribuyera a destruir las ficciones sociales sin, al mismo tiempo, obstaculizar la creación de la libertad futura, sin, por lo tanto, obstaculizar de forma alguna la poca libertad de los actuales oprimidos por las ficciones sociales; un método que, si fuera posible, creara algo de la libertad futura...

»Pues bien: una vez establecido este criterio, nunca dejé de tenerlo presente... Ahora bien, en el momento de nuestra propaganda de la que estoy

hablando, descubrí una cosa. En el grupo de propaganda —no éramos muchos; éramos cuarenta, si no me equivoco— ocurría esto: *se creaba tiranía*.

—¿Se creaba tiranía?... ¿Cómo se creaba tiranía?

—De la siguiente manera: unos mandaban a otros y los llevaban adonde querían; unos se imponían sobre otros y los obligaban a hacer lo que ellos querían; unos arrastraban a otros con artimañas y artes adonde querían. No digo que hicieran esto en cosas graves; de hecho, no había nada grave en que lo hicieran. Pero el hecho es que esto ocurría siempre y todos los días, y ocurría no solo en temas relacionados con la propaganda, sino también fuera de ella, en los temas de la vida cotidiana. Unos iban inconscientemente para jefes, otros, inconscientemente, para subordinados. Unos eran líderes por imposición; otros eran jefes por costumbre. Esto se podía ver en el hecho más simple. Por ejemplo: dos de los compañeros iban juntos por una calle afuera; llegaban al final de la calle, y uno tenía que ir a la derecha y el otro, a la izquierda; a cada uno le servía ir por su lado. Pero el que iba por la izquierda le decía al otro: “Ven conmigo por aquí”; el otro respondía, y era verdad: “Hombre, no puedo; tengo que ir por acá”, por tal o cual motivo... Pero al final, contra su voluntad y su conveniencia, se

iba con el otro por la izquierda... Esto era una vez por persuasión, otra vez por simple insistencia, una tercera vez por alguna otra razón... Es decir, nunca era por una razón lógica; siempre había en esta imposición y en esta subordinación cualquier cosa de espontáneo, de instintivo... Y como en este simple caso, en todos los demás casos; desde los menos hasta los más importantes... ¿Me entiendes?

—Sí, pero ¿qué carajos hay de extraño en eso? ¡Eso es de lo más natural!...

—Puede ser. Ya vamos para allá. Lo que le pido que vea es que es *exactamente lo contrario de la doctrina anarquista*. Vea bien que eso pasaba en un grupo pequeño, en un grupo sin influencia ni importancia, en un grupo al que no estaba confiada la solución de ninguna cuestión grave o decisión sobre cualquier asunto grande. Y vea que ocurría en un grupo de gente que se había unido especialmente para hacer lo que pudiera por el ideal anarquista —es decir, para combatir, como fuera posible, las ficciones sociales y crear, tan pronto como fuera posible, la libertad futura—. ¿Están claros estos dos puntos?

—Lo están.

—Ahora vea lo que esto representa... Un grupo pequeño, de personas sinceras (¡le aseguro que

lo eran!), establecido y unido expresamente para trabajar por la causa de la libertad, había conseguido, luego de unos meses, solo una cosa positiva y concreta: *la creación de tiranía entre ellos*. Y vea qué tipo de tiranía... No era una tiranía derivada de la acción de ficciones sociales, que, aunque lamentable, sería perdonable, hasta cierto punto, aunque menos entre nosotros, que combatimos esas ficciones, que entre otras personas; con todo, vivíamos en una sociedad basada en esas ficciones y no era enteramente culpa nuestra si no podíamos escapar completamente de su acción. Pero no era eso. Quienes mandaban a otros, o los llevaban adonde querían, no lo hacían por la fuerza del dinero, o de la posición social, o de alguna autoridad de naturaleza ficticia, que se arrogaran; lo hacían por una acción de cualquier tipo fuera de las ficciones sociales. Esto quiere decir que esta tiranía era, en relación con las ficciones sociales, *una nueva tiranía*. Y era una tiranía ejercida sobre personas esencialmente oprimidas ya por las ficciones sociales. Era, además, una tiranía ejercida entre sí por personas cuya intención sincera no era más que destruir tiranía y crear libertad.

»Ahora lleve la situación a un grupo mucho más grande y mucho más influyente, que trate

temas importantes y decisiones fundamentales. Ponga a ese grupo a encauzar esfuerzos, como el nuestro, hacia la formación de una sociedad libre. Y ahora dígame si a través de esa carga de tiranías entrecruzadas usted entrevé alguna sociedad futura que se parezca a una sociedad libre o a una humanidad digna de sí misma...

—Sí, es muy curioso...

—Es curioso, ¿verdad?... Y vea que hay puntos secundarios también muy curiosos... por ejemplo: la tiranía de la ayuda...

—¿La qué?

—La tiranía de la ayuda. Entre nosotros había quien, en vez de mandar sobre los otros, en vez de imponer a los otros, por el contrario, los ayudaba en todo lo que podía. Parece lo contrario, ¿verdad? Pues vea que es lo mismo. Es la misma tiranía nueva. Es, del mismo modo, ir contra los principios anarquistas.

—¡Esa es buena! ¿En qué?

—Ayudar a alguien, amigo mío, es tomar a alguien por incapaz; si ese alguien no es incapaz, es o hacerlo tal o suponerlo como tal, y esto es, en el primer caso, una tiranía y, en el segundo, un desprecio. En un caso cercena la libertad del otro; en el otro, se parte, por lo menos inconscientemente, del

principio de que alguien es despreciable e indigno o incapaz de asumir cualquier libertad.

»Volvamos a nuestro caso... usted ve bien que este punto era gravísimo. Vaya que trabajábamos por la sociedad futura sin esperar que ella nos agradeciera, o arriesgándonos, incluso, a que ella nunca llegara. Todo eso puede ser. Pero lo que era demasiado era que estuviéramos trabajando por un futuro de libertad y hacíamos, de positivo, más que crear tiranía, y no solo tiranía, sino tiranía nueva, y tiranía ejercida por nosotros, los oprimidos, unos sobre los otros. Ahora, esto es lo que no puede ser...

»Me puse a pensar. Aquí había un error, algún desvío. Nuestros objetivos eran buenos; nuestras doctrinas parecían acertadas; ¿serían equivocados nuestros métodos? Con certeza debía ser así. ¿Pero dónde carajos estaba el error? Me puse a pensar en eso y me estaba volviendo loco. Un día, de repente, como pasa siempre en estas cosas, di con la solución. Fue el gran día de mis teorías anarquistas; el día en que *descubrí*, por así decir, la técnica del anarquismo.

Me miró un momento sin verme. Después continuó, con el mismo tono.

—Pensé así: aquí tenemos una tiranía nueva, una tiranía que no se deriva de las ficciones sociales.

Entonces, ¿de dónde se deriva? ¿Será de las cualidades naturales? Si así es, ¡adiós a la sociedad libre! Si se trata de una sociedad donde operan solo las cualidades naturales de los hombres —aquellas con las que ellos nacen, que se deben solo a la naturaleza, y sobre las cuales no tenemos poder alguno—, si una sociedad donde operan solo esas cualidades es un amasijo de tiranías, ¿quién va a mover su dedo meñique para contribuir a su llegada? Tiranía por tiranía, que se quede la que está, que al menos es a la que estamos acostumbrados, y que por eso fatalmente sentimos menos que lo que sentiríamos en una tiranía nueva, y con el carácter terrible de todas las cosas tiránicas que son directamente de la naturaleza —el no haber revolución posible contra ella, como no hay revolución contra tener que morir, o contra nacer bajo cuando se preferiría haber nacido alto—. Incluso ya le probé que, si por cualquier razón no es realizable la sociedad anarquista, entonces debe existir, por ser más natural que cualquier otra salvo aquella, la sociedad burguesa.

»¿Pero sería esta tiranía, que nacía así entre nosotros, realmente derivada de las cualidades naturales? ¿Y que son las cualidades naturales? Son el grado de inteligencia, imaginación, voluntad, etc.,

con que cada uno nace —esto en el campo mental, claro, porque las cualidades naturales físicas no vienen al caso—. Ahora, un tipo que, sin ser por una razón derivada de las ficciones sociales, manda a otro, lo hace por causa de ser superior en una u otra de las cualidades naturales. Lo domina por el empleo de sus cualidades naturales. Pero hay una cosa por ver: ¿ese empleo de las cualidades naturales será legítimo, es decir, será *natural*?

»Ahora, ¿cuál es el empleo natural de nuestras cualidades naturales? Servir a los fines naturales de nuestra personalidad. ¿Pero dominar a alguien será un fin natural de nuestra personalidad? Puede serlo; hay un caso en el que puede serlo: cuando ese alguien es, para nosotros, un enemigo. Para el anarquista, es claro, quien está en el lugar de un enemigo es cualquier representante de las ficciones sociales y de su tiranía; nadie más, porque todos los otros hombres son hombres como él y camaradas naturales. Ahora, usted ve bien, el caso de la tiranía, que habíamos estado creando, era ejercida sobre hombres como nosotros, camaradas naturales, y, más aún, sobre hombres dos veces nuestros camaradas, porque lo eran también por la comunión del mismo ideal. Conclusión: esta tiranía nuestra, si no se derivaba de las ficciones

sociales, tampoco se derivaba de las cualidades naturales; se derivaba de una aplicación equivocada, de una perversión, de las cualidades naturales. Y esa perversión, ¿de dónde provenía?

»Tenía que provenir de una de dos cosas: o de que el hombre sea naturalmente malo, y por lo tanto todas las cualidades naturales serían *naturalmente pervertidas*; o de una perversión resultante de la larga permanencia de la humanidad en una atmósfera de ficciones sociales, todas creadoras de tiranía, y tendiente, por lo tanto, a volver instintivamente tiránico el uso más natural de las cualidades más naturales. Ahora, de estas dos hipótesis, ¿cuál sería la verdadera? De modo satisfactorio —es decir, rigurosamente lógico o científico— era imposible determinarlo. El raciocinio no puede abordar el problema porque este es de naturaleza histórica, o científica, y depende del conocimiento de los *hechos*. Por su parte, la ciencia tampoco nos ayuda, porque, por más atrás que vayamos en la historia, siempre encontramos al hombre viviendo bajo uno u otro sistema de tiranía social, y por tanto siempre en un estado que no nos permite descubrir cómo es el hombre cuando vive en circunstancias pura y enteramente naturales. No habiendo manera de determinarlo con seguridad, tenemos que

inclinarnos al lado de mayor probabilidad; y la mayor probabilidad está en la segunda hipótesis. Es más natural suponer que la larguísima permanencia de la humanidad en ficciones sociales creadoras de tiranía haga que cada hombre nazca con sus cualidades naturales ya pervertidas en el sentido de tiranizar espontáneamente, incluso en quien no pretenda tiranizar, que suponer que las cualidades naturales pueden ser naturalmente pervertidas, lo cual, de cierto modo, representa una contradicción. Por eso el pensador se decide, como yo me decidí, con casi absoluta certeza, por la segunda hipótesis.

»Tenemos, entonces, que una cosa es evidente... En el estado social presente no es posible que un grupo de hombres, por bien intencionados que sean, por preocupados que estén todos por combatir las ficciones sociales y por trabajar en pro de la libertad, trabajen juntos sin que espontáneamente creen entre sí tiranía, sin crear entre sí una tiranía nueva, adicional a las de las ficciones sociales, sin destruir en la práctica todo lo que quieren en la teoría, sin estorbar involuntariamente, lo más posible, el objetivo propio que quieren promover. ¿Qué hacer? Es muy simple... Trabajamos todos por el mismo objetivo, *pero separados*.

—¡Separados?

—Sí. ¿No siguió mi argumento?

—Lo seguí.

—¿Y no cree que sea lógica, no cree que sea contundente esta conclusión?

—Creo que sí, claro... Lo que no veo bien es cómo eso...

—Ya le voy a aclarar. Yo dije: todos trabajamos por el mismo fin, pero por separado. Trabajando todos por el mismo fin anarquista, cada uno contribuye con su esfuerzo a la destrucción de las ficciones sociales, que es adonde lo dirige, y a la creación de la sociedad libre del futuro; y trabajando por separado no podemos, *de ninguna manera*, crear una nueva tiranía, porque ninguno tiene acción sobre otro y no puede, por lo tanto, ni, dominándolo, disminuirle la libertad, ni, ayudándolo, borrarla.

»Trabajando así, por separado y por el mismo fin anarquista, tenemos las dos voluntades: la de esforzarnos y la de no crear una nueva tiranía. Seguimos unidos, porque lo estamos moralmente y trabajamos de la misma manera por el mismo fin; seguimos siendo anarquistas, porque cada uno trabaja por la sociedad libre; pero dejamos de ser traidores, voluntaria o involuntariamente, a nuestra manera, incluso dejamos de poder serlo,

porque nos pusimos, a través del trabajo anarquista aislado, fuera de la influencia deletérea de las ficciones sociales, en su reflejo hereditario sobre las cualidades que la naturaleza dio.

»Es claro que toda esta táctica se aplica a lo que yo llamé *periodo de preparación para la revolución social*. Arruinadas las defensas burguesas, y reducida la sociedad entera al estado de aceptación de las doctrinas anarquistas, faltando solo hacer la revolución social, entonces, para el golpe final, es que no puede continuar la acción separada. Pero a esa altura, ya habrá llegado virtualmente la sociedad libre; ya las cosas serán de otra manera. La táctica a la que me refiero solo concierne a la acción anarquista en medio de la sociedad burguesa, como ahora, como en el grupo al que yo pertenecía.

»Era ese —¡por fin!— el verdadero método anarquista. Juntos, no valíamos nada, que importara, e, incluso, nos tiranizábamos y nos estorbábamos los unos a los otros y a nuestras teorías. Separados, también conseguiríamos poco, pero al menos no estorbaríamos la libertad, no creábamos tiranía nueva; lo que conseguimos, por poco que fuera, era realmente conseguido, sin desventaja ni pérdida. Y, de más en más, trabajábamos así separados, aprendíamos a confiar más en nosotros mismos,

a no recostarnos unos en otros, a volvernos más libres, a prepararnos, tanto personalmente como a otros, por nuestro ejemplo, para el futuro.

»Me sentí radiante con ese descubrimiento. Fui luego a exponerlo a mis camaradas... Fue una de las pocas veces que fui estúpido en mi vida. Imagine usted que yo estaba tan satisfecho con mi descubrimiento que esperaba que ellos estuvieran de acuerdo.

—No estuvieron de acuerdo, claro...

—¡Replicaron, amigo mío, todos replicaron! Unos más, otros menos, ¡todos protestaron!... ¡No era eso!... ¡Eso no podía ser!... Pero nadie decía lo que era o lo que debía ser. Argumenté y argumenté, y, en respuesta a mis argumentos, no obtuve más que frases, basura como esa que los ministros responden ante las cámaras cuando no tienen alguna respuesta... ¡Entonces vi que estaba metido con bestias y con cobardes! Se desenmascararon. Esa chusma había nacido para esclavos. Querían ser anarquistas a costas de los demás. ¡Querían la libertad, pero que fueran otros quienes la consiguieran, que les fuera dada como un rey da un título! ¡Casi todos ellos son así, los grandes lacayos!

—¿Y usted se enojó?

—¡Si me enojé? ¡Enfurecí! Me puse a dar coces. Di con palos y piedras. Casi me pegué con dos o

tres de ellos. Y terminé por salir de ahí. Me aislé. ¡Me vino un enojo con esa carnerada que usted no imagina! Casi dejé de creer en el anarquismo. Casi decidí que no me importaba más todo eso. Pero, pasados unos días, volví en mí. Pensé que el anarquista ideal estaba por encima de esos desencuentros. ¿Ellos no querían ser anarquistas? Lo sería yo. ¿Ellos solo querían jugar a los libertarios? Yo no estaba para jugar en ese caso. ¿Ellos no tenían fuerza para combatir si no era recostados unos sobre otros y creando, entre sí, un simulacro nuevo de tiranía que decían querer combatir? Pues que lo hicieran, los necios, si no servían para más. Yo no iba a ser burgués por tan poco.

»Estaba establecido que, en el verdadero anarquismo, cada uno tiene que, por sus propias fuerzas, crear libertad y combatir las ficciones sociales. Pues por mi propia fuerza yo iba a crear libertad y combatir las ficciones sociales. ¿Nadie quería seguirme en el verdadero camino anarquista? Seguiría *yo* por ese camino. Iría yo solo, con mis recursos, con mi fe, desprovisto hasta del apoyo mental de los que habían sido mis camaradas, contra las ficciones sociales enteras. No digo que fuera un bello gesto, ni un gesto heroico. Fue simplemente un gesto natural. Si el camino debía ser seguido por cada

uno separadamente, yo no necesitaba de nadie más para seguir. Bastaba mi ideal. Fue basado en estos principios y en estas circunstancias que decidí, por mí mismo, combatir las ficciones sociales.

Suspendió un poco el discurso, que se le había vuelto acalorado y fluido. Lo retomó poco después, con la voz más sosegada.

—Es un estado de guerra, pensé, entre las ficciones sociales y yo. Muy bien. ¿Qué puedo hacer contra las ficciones sociales? Trabajo solo, para no poder, de modo alguno, crear alguna tiranía. ¿Cómo puedo colaborar solo en la preparación de la revolución social, en la preparación de la humanidad para una sociedad libre? Tengo que escoger uno de dos métodos, de los dos métodos que hay; en el caso, claro, en que no pueda valerme de ambos. Los dos métodos son la acción indirecta, es decir, la propaganda, y la acción directa, de cualquier tipo.

»Pensé primero en la acción indirecta, es decir, la propaganda. ¿Qué propaganda podría hacer por mi cuenta? Aparte de esta propaganda que siempre se hace en la conversación, con este o aquel, al azar y aprovechando todas las oportunidades, quería saber si la acción indirecta era un camino por donde yo pudiera encauzar mi actividad anarquista enérgicamente, es decir, de modo que

produjera resultados visibles. Luego vi que no podía ser. No soy orador ni soy escritor. Quiero decir, soy capaz de hablar en público si es necesario y puedo escribir un artículo de prensa; pero lo que quería averiguar era si mi disposición natural indicaba que, especializándome en la acción indirecta, de cualquiera de las dos clases o de ambas, yo podía obtener resultados *más positivos* para la idea anarquista que especializando mis esfuerzos en cualquier otro sentido. Ahora, la acción siempre es más provechosa que la propaganda, excepto para los individuos cuya naturaleza es esencialmente propagandista —los grandes oradores, capaces de electrizar a las multitudes y atraerlas, o los grandes escritores, capaces de fascinar y convencer con sus libros—. No creo que yo sea muy vanidoso, pero, si lo soy, no me da, por lo menos, para presumir de las cualidades que no tengo. Y, como le dije, nunca me consideré orador ni escritor. Por eso abandoné la idea de la acción indirecta como camino para mi actividad anarquista. Por descarte, estaba forzado a escoger la acción directa, es decir, el esfuerzo aplicado a la práctica de la vida, a la vida real. No era la inteligencia, sino la acción. Muy bien. Así sería.

»Tenía, pues, que aplicar a la vida práctica el método fundamental de acción anarquista que ya había esclarecido: combatir las ficciones sociales sin crear tiranía nueva, creando ya, de ser posible, cualquier cosa de la libertad futura. Ahora, ¿cómo diablos se hace eso en la práctica?

»¿Y qué significa *combatir en la práctica*? Combatir en la práctica es la guerra, es al menos *una* guerra. ¿Cómo se hace la guerra a las ficciones sociales? Antes de nada, ¿cómo se hace la guerra? ¿Cómo se vence al enemigo en cualquier guerra? Una de dos maneras: o matándolo, es decir, destruyéndolo; o aprisionándolo, es decir, sometiéndolo, reduciéndolo a la inactividad. No podía *destruir* las ficciones sociales; solo la revolución social podía *destruir* las ficciones sociales. Hasta allí, las ficciones sociales podrían ser sacudidas, tambaleando, pendiendo de un hilo; pero *destruidas* solo lo estarían con la llegada de la sociedad libre y la caída positiva de la sociedad burguesa. Lo máximo que yo podría hacer en este sentido era destruir —destruir en el sentido físico de matar— a uno u otro miembro de las clases representativas de la sociedad burguesa. Estudié el caso y vi que era una burrada. Suponga usted que yo mataba a uno o dos, o a una docena de representantes

de la tiranía de las ficciones sociales... ¿El resultado? ¿Se tambalearían las ficciones sociales? No. Las ficciones sociales no son como una situación política que puede depender de un pequeño número de hombres, a veces de un solo hombre. Lo malo de las ficciones sociales son ellas, en su conjunto, y no los individuos que las representan más que por ser representantes de ellas. Después, un atentado de orden social produce siempre una reacción; no solo todo sigue igual, sino que, la mayoría de las veces, empeora. Y, además, suponga, como es natural, que después de un ataque me persiguieran; que era perseguido y asesinado, de una forma u otra. Y supongamos que yo hubiera matado a una docena de capitalistas. ¿En qué acabaría todo eso, en resumen? Con mi liquidación, incluso no por muerte, sino por simple prisión o exilio, la causa anarquista perdía un elemento de combate; y los doce capitalistas, que yo habría acostado, no eran doce elementos que la sociedad burguesa había perdido, porque los elementos que componen la sociedad burguesa no son elementos de combate, sino elementos puramente pasivos, pues el “combate” está, no en los miembros de la sociedad burguesa, sino en el conjunto de ficciones sociales, en que esa sociedad se asienta. Ahora, las ficciones sociales

no son personas a las que se les pueda disparar... ¿Comprende? No era como el soldado de un ejército que mata a doce soldados de un ejército contrario; era como un soldado que mata a doce civiles de la nación del otro ejército. Es matar estúpidamente, porque no se elimina a ningún combatiente... Yo no podía pensar, por lo tanto, en *destruir*, ni total ni parcialmente, las ficciones sociales. Tenía, entonces, que someterlas, vencerlas sometiéndolas, reduciéndolas a la inactividad.

Apuntó hacia mí con el índice derecho súbitamente.

—¡Fue lo que yo hice!

Retiró el gesto y continuó.

—Busqué cuál era la primera, la más importante, de las ficciones sociales. Sería a esa a la que correspondía, más que a ninguna otra, intentar reducir a la inactividad. La más importante, de nuestra época por lo menos, es el dinero. Cómo someter el dinero, o, en palabras más precisas, la fuerza, o la tiranía del dinero? Liberándome de su influencia, de su fuerza, superando, por tanto, su influencia, reduciéndolo a la inactividad con respecto *a mí*. En lo que a mí se refería, ¿entiende? Porque yo lo combatía; si fuera a reducirlo a la inactividad en lo que respecta a toda la gente, eso no sería someterlo,

sino *destruirlo*, porque sería acabar del todo con la ficción del dinero. Ahora, yo ya le demostré que cualquier ficción social solo puede ser “destruida” por la revolución social, arrastrada con las otras en la caída de la sociedad burguesa.

»¿Cómo podría o volverme superior a la fuerza del dinero? El método más simple era apartarme de la esfera de su influencia, es decir, de la civilización; ir a un campo, comer raíces y beber agua de los manantiales; andar desnudo y vivir como animal. Pero esto, incluso si no hubiese dificultad en hacerlo, no era combatir una ficción social; no era incluso combatir: era huir. De hecho, quien evade un combate no es derrotado. Pero moralmente lo es, porque no combatió. El método debía ser otro —un método de combate y no de fuga. ¿Cómo someter el dinero, combatiéndolo? ¿Cómo escapar a su influencia y tiranía sin evitar su encuentro? El método era solo uno: *adquirirlo*, adquirirlo en cantidades suficientes para no sentir su influencia; y en cuanto más adquiriera, más libre estaría de esa influencia. Fue cuando vi esto claramente, con toda la fuerza de mi convicción de anarquista, y toda mi lógica de hombre brillante, que entré en la fase actual —la comercial y bancaria, amigo mío— de mi anarquismo.

Descansó un momento de la violencia, nuevamente en aumento, de su entusiasmo por su exposición. Después continuó, incluso con un cierto calor, su narración.

—Ahora, ¿recuerda las dos dificultades lógicas que le dije que me habían surgido al principio de mi carrera de anarquista consciente?... ¿Y me recuerda diciéndole que entonces las resolví artificialmente, por el sentimiento y no por la lógica? Es decir, usted mismo notó, y muy bien, que yo no las había resuelto por la lógica...

—Lo recuerdo, sí...

—¿Y usted recuerda que yo le dije que más tarde, cuando acerté, por fin, con el verdadero método anarquista, las resolví entonces de una vez, es decir, por la lógica?

—Sí.

—Pues vea que ahora resultaron resueltas... Las dificultades eran esas: no es *natural* trabajar por cualquier cosa. Sea lo que sea, sin una compensación *natural*, es decir, egoísta; y no es *natural* dedicar nuestro esfuerzo a cualquier fin sin obtener la compensación de saber que *ese fin se consigue*. Las dos dificultades eran esas; ahora note cómo terminan resueltas por el método de trabajo anarquista que mi raciocinio me llevó a descubrir como el único

y verdadero... El método da como resultado que yo me enriquezco; *por lo tanto, consigo la compensación egoísta*. El método visualiza a la consecución de la libertad; ahora, yo, al volverme superior a la fuerza del dinero, es decir, liberándome de ella, *consigo libertad*. Consigo libertad solo para mí, es cierto; pero es que, como ya le demostré, la libertad para todos solo puede venir con la destrucción de las ficciones sociales, por la revolución social, y yo, solo por mí, no puedo hacer la revolución social. El punto concreto es este: visualizo libertad, consigo libertad: consigo la libertad que puedo, porque, claro, no puedo conseguir la que no puedo... Y vea usted: aparte del raciocinio que determina este método anarquista como el único y verdadero, el hecho de que él resuelva automáticamente las dificultades lógicas, que se pueden oponer a cualquier método anarquista, prueba más que él es el verdadero.

»Pues fue este el método que yo seguí. Me dediqué a la empresa de someter la ficción del dinero enriqueciéndome. Lo conseguí. Me llevó cierto tiempo, porque la lucha fue grande, pero lo conseguí. Me excuso de contarle lo que fue y lo que ha sido mi vida comercial y bancaria. Sería interesante, en ciertos puntos sobre todo, pero

ya no tiene que ver con el asunto. Trabajé, luché, gané dinero; trabajé más, Luché más, gané más dinero; gané mucho dinero por fin. No me fijé en el método —le confieso, mi amigo, que no me fijé en el método; empleé todo cuanto hay— el acaparamiento, el sofisma financiero, la propia competencia desleal. ¡Por qué? Yo combatía las ficciones sociales, inmorales y antinaturales por excelencia, ¡y había que fijarse en el método? Yo trabajaba por la libertad, y ¡había que fijarse en las armas con que combatía la tiranía? El anarquista estúpido, que tira bombas y da tiros, bien sabe que mata, y bien sabe que sus doctrinas no incluyen la pena de muerte. Ataca una inmoralidad con un crimen, porque cree que esa inmoralidad requiere un crimen para ser destruida. Él es estúpido en cuanto al método, porque, como ya le mostré, ese método está equivocado y es contraproducente *como método anarquista*; pero, en cuanto a la *moral* del método, él es inteligente. Mi método era el correcto y yo me valía legítimamente, como anarquista, de todos los medios para enriquecerme. Hoy realicé mi limitado sueño de anarquista práctico y lúcido. Soy libre. Hago lo que quiero, dentro, claro, de lo que es posible hacer. Mi lema de anarquista era la libertad; pues bien, tengo la libertad, la libertad

que, por ahora, en nuestra sociedad imperfecta, es posible tener: Quise combatir las fuerzas sociales; las combatí, y, más aún, las vencí.

—¡Un momento! ¡Un momento! —Dije yo.— Eso estará todo muy bien, pero hay una cosa que usted no vio. Las condiciones de su método eran como usted demostró, no solo crear libertad, sino también *no crear tiranía*. Ahora usted creó tiranía. Usted como acaparador, como banquero, como financiero sin escrúpulos —usted disculpe, pero fue usted quien lo dijo—, usted creó tiranía. Usted creó tanta tiranía como cualquier otro representante de las ficciones sociales, a quienes usted dice que combate.

—No, amigo mío, usted se engaña. Yo no creé tiranía. La tiranía, que puede haber resultado de mi acción de combate contra las ficciones sociales, es una tiranía que no sale mí, que, por tanto, yo no creé; *está en las ficciones sociales, yo no la junté con ellas*. Esa tiranía *es la propia tiranía de las ficciones sociales*; y yo no podía, ni me propuse, *destruir* las ficciones sociales. Por centésima vez le repito: solo la revolución social puede *destruir* las ficciones sociales; antes de eso, la acción anarquista perfecta, como la mía, solo puede *someter* las ficciones sociales, someterlas en relación solo con el anarquista que

pone ese método en práctica, porque ese método no permite una sujeción más larga a esas ficciones. No se trata de no crear tiranía: se trata de no crear *tiranía nueva*, tiranía *donde no había*. Los anarquistas, trabajando en conjunto, influyéndose unos a otros como le dije, crean *entre sí*, fuera y aparte de las ficciones sociales, una tiranía; *esa* es una tiranía nueva. Esa, yo no la creé. Incluso no la podía crear, *por las propias condiciones de mi método*. No, amigo mío; yo solo creé libertad. Liberé a uno. Me liberé a *mí*. Es que mi método, que es, como le demostré, el único y verdadero método anarquista, no me permitió liberar a nadie más. Lo que pude liberar, lo liberé.

—Está bien... Estoy de acuerdo... pero vea que, por ese argumento, casi llego a creer que ningún representante de las ficciones sociales ejerce la tiranía...

—Y no la ejerce. La tiranía es de las ficciones sociales y no de los hombres que las encarnan; esas son, por así decir, *los medios* de que las ficciones sociales se valen para tiranizar, como el cuchillo es el medio del que se puede servir el asesino. Y usted ciertamente no cree que eliminando los cuchillos acaba con los asesinos... Vea... Destruya usted a *todos* los capitalistas del mundo, pero *sin*

destruir el capital... Al día siguiente el capital, ya en las manos de otros, continuará, por medio de *ellos*, su tiranía. Destruya, no a los capitalistas, sino al capital; ¿cuántos capitalistas quedan?... ¿Lo ve?...

—Sí; tiene razón.

—Oh, amigo, lo máximo, lo máximo, lo máximo de lo que usted me puede acusar es de aumentar un poco —muy, muy poco— la tiranía de las ficciones sociales. El argumento es absurdo, porque, como ya le dije, la tiranía que yo no debía crear, y no la creé, es otra. Pero tiene otro punto débil: es que, por el mismo raciocinio, usted puede acusar a un general, que lucha por su país, de causar a su país el perjuicio del número de hombres de *su propio ejército* que tuvo que sacrificar para ganar. Quien va a la guerra, da y recibe. Consiga lo principal; el resto...

—Está muy bien... Pero vea otra cosa... El verdadero anarquista quiere la libertad no solo para sí, sino también para los otros... Me parece que quiere la libertad para toda la humanidad...

—Sin duda. Pero yo ya le dije que, por el método que descubrí que era el único método anarquista, cada uno tiene que liberarse a sí mismo. Yo me liberé a mí; cumplí con mi deber simultáneamente conmigo y con la libertad. ¿Por qué los otros,

mis camaradas, no hicieron lo mismo? Yo no se lo impedí. Eso habría sido un crimen, si yo se lo hubiera impedido. Pero yo ni siquiera lo impedí ocultando el verdadero método anarquista; luego de que descubrí el método, se lo dije claramente a todos. El propio método me impedía hacer más. ¿Qué más podía hacer? ¿Obligarlos a seguir el camino? Incluso si lo pudiera hacer, no lo haría, porque sería quitarles la libertad, y eso iba contra mis principios anarquistas. ¿Ayudarlos? Tampoco podía ser, por la misma razón. Yo nunca ayudé, ni ayudo, a nadie, porque eso, siendo disminuir la libertad ajena, también va contra mis principios. Usted lo que me está censurando es que yo no sea más que una persona. ¿Por qué me censura el cumplimiento de mi deber de libertad hasta donde lo podía cumplir? ¿Por qué no los censura primero a ellos por no haber cumplido el suyo?

—Pues sí, hombre. Pero esos hombres no hicieron lo que usted hizo, naturalmente, porque eran menos inteligentes que usted, o menos fuertes de voluntad, o...

—Ay, amigo mío: esas son ya las desigualdades naturales, y no las sociales... Con esas el anarquismo no tiene ningún problema. El grado de inteligencia o de voluntad de un individuo es entre él

y la naturaleza; las mismas ficciones sociales no tienen ahí arte ni parte. Hay cualidades naturales, como ya le dije, que podemos asumir que sean pervertidas por la larga permanencia de la humanidad entre ficciones sociales; pero la perversión no está en el *grado* de la cualidad, que es absolutamente dado por la naturaleza, sino en la *aplicación* de la cualidad. Ahora, un caso de estupidez o de falta de voluntad no tiene que ver con la aplicación de esas cualidades, sino solo con su grado. Por eso le digo: esas ya son las desigualdades naturales absolutamente, y sobre esas nadie tiene poder alguno, ni hay modificación social que las altere, como no me puede volver a mí alto ni a usted bajo...

»A no ser... A no ser que, en el caso de esos tipos, la perversión hereditaria de las cualidades naturales vaya tan lejos que afecte lo más profundo del temperamento... Sí, que un tipo nazca para esclavo, nazca naturalmente esclavo, y por tanto incapaz de cualquier esfuerzo en el sentido de liberarse... Pero en ese caso... en ese caso... ¿qué tiene que ver él con la sociedad libre, o con la libertad?... Si un hombre nace para ser esclavo, la libertad, siendo contraria a su índole, será para él una tiranía.

Hubo una pequeña pausa. De repente me reí a carcajadas.

—Realmente —dije yo—, usted es anarquista. En todo caso, dan ganas de reír, incluso después de haberlo escuchado, comparar lo que usted es con lo que son los anarquistas de por ahí...

—Mi amigo, yo ya se lo dije, ya se lo probé, y ahora lo repito... La diferencia solo es esta: ellos solo son anarquistas teóricos, yo soy teórico y práctico; ellos son anarquistas místicos, y yo científico; ellos son anarquistas que se agachan, yo soy un anarquista que lucha y libera... En una palabra: ellos son pseudoanarquistas y yo soy anarquista.

Y nos levantamos de la mesa.

Lisboa, enero de 1922



EL BANQUERO ANARQUISTA hace parte de la Colección Sinfonía. Fue compuesto en caracteres de la familia Kristal. Su cuidado estuvo a cargo de la Editorial ESAP y se imprimió en los talleres de la Imprenta Nacional de Colombia.

Otros títulos de la ESAP

LA ESAP LE PROPONE AL PAÍS

Protección social | Jesús María Molina
(ed.) (2022)

COLECCIÓN SINFONÍA

Discurso sobre el origen y fundamentos
de la desigualdad entre los hombres |
Jean-Jacques Rousseau (2023)


BIBLIOTECA DEL SERVICIO PÚBLICO

La ESAP y el desarrollo institucional
colombiano: Apuntes para la historia de
la ESAP | Diego Younes Moreno (2023)



@esapoficial

www.esap.edu.co



He vuelto a leer ese desafiante anarquista en traje de banquero, recién traducido por Óscar A. Chacón Gómez. Necesitaba volver a imaginar el anarquismo bajo la figura paradójica de uno de sus posibles adversarios, “la plutocracia financiera con su tipo de mentalidad especulativa”, en palabras de un heterónimo de Fernando Pessoa, Álvaro de Campos. Necesitaba volver a entender por qué el banquero aseguraba ser, en la teoría y la práctica, más anarquista que quienes así se proclamaban en la época. ¡Nada como la imaginación para hacernos concebir aparentes paradojas! En horas de sesgos y censuras, nada tan urgente como transgredir ciertas ideas fijas y hacerlo con una mirada amplia de la cultura social y política del siglo xx.

JERÓNIMO PIZARRO

